

Después de haberse todos sentado hubo un momento de silencio. El jefe tomó luego la palabra, y poniendo delante de sí el arroz y los peces nos dirigió este breve y sencillo discurso:

«¡Oh *vasas!* (blancos), sed bienvenidos á este lugar: la casa que os abriga, vuestra es, y nosotros esperamos vuestros mandatos. Somos pobres ¡oh *vasas!* pero nuestra ofrenda es ofrenda del corazón. Aceptad de buena gana este arroz de nuestra cosecha y estos peces de nuestros lagos: no tenemos mas que eso, y eso os damos.»

Nosotros entonces estrechamos las manos de aquellas buenas gentes en señal de gratitud, y Fernando, que nos tradujo la arenga, les tradujo también nuestra respuesta, ofreciéndoles á la vez de nuestra parte una piastra con algunos anzuelos y otras frioleras, que deseábamos aceptaran, no como precio de sus obsequios, sino como recuerdo de nuestra amistad. También les hicimos servir algunos vasos de *arak* que bebieron á nuestra salud. Después hubo otra pausa de silencio. Luego otro de ellos tomó la palabra y dijo: «Agradecemos á los nobles extranjeros su proceder con nosotros. No estamos acostumbrados á ver á los ovas, nuestros señores, ni á los *vasas*, viajeros, tratarnos con tanta bondad y por ella les damos otra vez y muchas veces las gracias con toda el alma. En saliendo de esta casa consagrada ya por vuestra presencia, mostraremos á nuestros hijos y mujeres los presentes que nos habeis hecho: ¡oh *vasas!* la memoria de vuestra bondad no se borrará de nuestra alma, y la tradición la trasmirá á nuestros nietos y á sus descendientes.»

Estábamos ciertamente conmovidos de la bondad de estas sencillas gentes. Los ovas debieron someter muy fácilmente á un pueblo tan dócil como éste; pero el rigor que despliegan al menor síntoma de rebelión es una feroz barbarie.

Mientras cenaban los esclavos de Fernando, nuestra gente se dividió: los unos fueron á explorar los bosques, los otros á ojear los cañaverales de los lagos en busca de patos.

Nuestra caza no fue de las mas afortunadas: las gallinazas, que segun nos habian dicho, eran tan comunes, huían á lo mas recóndito de los bosques, y no encontrábamos mas que papagayos negros (esquisitos en adobo de salmorejo), mirilas ruines y cotorras de cabeza azul tan pequeñas como gorriones. En cuanto á los *makis* (especie de mono), nos fue imposible ver ninguno. Los bosques son estensos y cerrados, pero son raros los árboles grandes, porque los sofoca la vegetación parásita, las lianas y sobre todo las orquídeas, cuyas formas y colores son por lo comun bellísimos.

Volviendo á la población, nos reunimos á unas jóvenes que venian de la fuente, cargadas de bambúes

en que traían el agua y en que se mantiene fresca y pura; pero el modo de traerla no inspira pensamientos poéticos. En efecto, imposible es hallarlos en esa pesada caña colocada sobre las espaldas como una carga de esclavos. Los recuerdos tan fácilmente evocados de la antigüedad, aquellos encantadores cuadros de las Rebecas y de las jóvenes griegas con sus bellas ánforas, se resisten á todo paralelo con las malgachas, que á pesar de nuestra buena voluntad, nos parecieron sobremanera prosáicas. Iban además vestidas con groseros *rabanes* demostrando en todo su pobreza. Y es que las poblaciones situadas en el camino de Tanariva están espuestas continuamente á las visitas de los ovas.

Sus habitantes oprimidos bajo el férreo yugo de sus señores soportando frecuentes cargas y sujetos á exacciones de todas clases, renuncian al bienestar que no podrian conservar y se entregan á una inerte desesperación. ¿Para qué, pues, casas buenas? Se las quemarian. ¿Para qué bellos trajes? Se los habian de robar, como las provisiones que guardarán. La miseria fue siempre enemiga de la elegancia y de las artes, y la carga mas pesada y el mas cruel tirano. En otros parajes hemos de encontrar al malgacho mas semejante á sí mismo, con menos sufrimientos, con menos dolor, con mas alegría y gracia.

IV.

Lago de Nossi-Be.—Nossi-Malaza.—El jefe del pueblo y su familia.—Interior malgacho.—Costumbres.

El clima de la costa de Madagascar á la altura de la de Tamatava no es en verdad delicioso. Esta comarca tan poco conocida, no merece ni los elogios que se han prodigado á su temperatura, ni á la feracidad de su suelo, ni menos el espantoso nombre de *Sepulcro de los europeos*, que viajeros tímidos consignan en sus relaciones.

El clima es húmedo y lluvioso, frio y abrasador alternativamente: queda, pues, refutado el elogio. En cuanto á la terrible fiebre que devora al audaz colonio, debemos confesar, que en nuestras frecuentes escursiones, espuestos continua y sucesivamente al sol y á la lluvia, ninguno de nosotros ha sentido el menor síntoma. Ni aun en Tamatava poblada con mas de trescientos europeos, ha muerto ninguno de tal enfermedad desde hace dos años, segun los informes que nos hemos procurado: queda también desmentido el vituperio.

Es verdaderamente triste ver á los viajeros dar vuelo á su imaginación sobre materias, cuyo mérito es y debe ser exclusivamente la verdad, estraviándose ellos y estraviando á los demás. Siempre extremos: relaciones denigrantes ó lisonjeras; engañan al que animan y engañan al que detienen: desengañan por

una parte, fatales consecuencias por otra, el mal es el mismo, y el sistema novelesco, esa falta de detalles verdaderos, tienen gran parte en el lastimoso papel que en el mundo hacemos como potencia colonizadora.

El lago de *Nossi-Be*, que vamos á atravesar, puede tener de 10 á 12 kilómetros de longitud: su latitud es menor, viéndose distintamente ambas orillas. El viento S. E. lo agita como un pequeño mar, y no deja de ser por tanto algo peligrosa la navegación en piragua. Muchas veces ve el malgacho zozobrar su esquife con su cargamento de arroz y dichoso él si puede ganar la costa á nado y librarse de los dientes de los cocodrilos. Por lo que hace á nosotros, aunque garantidos de tales peligros en nuestras embarcaciones de mayor porte, tampoco escapamos á las incomodidades de tan mala travesía: azotados por la tempestad y empapados por la lluvia, arribamos en lastimoso estado á la isla de Nossi-Malaza, ó Isla de las Delicias, cuyo nombre acogimos como un buen augurio.

Esta isla está situada en la estremidad Sur del lago, á igual distancia de sus dos pintorescas márgenes: prolongada 1 kilómetro á una anchura de algunos centenares de pasos, está toda vestida de espléndido follaje. Al Norte se estiende una bella pradera terminada por el cementerio; en el centro se agrupa la población y en la parte del Sureste ofrecen magníficas umbrías.

La acogida que sus habitantes nos hicieron fue igual á la que merecimos en Ambavavano: *kabar*, discursos, regalos; toda la ingénua diplomacia del corazón; pero la casa de nuestro alojamiento era mas grande, nuestros huéspedes estaban mejor vestidos, las mujeres mas elegantes y bellas, y el aspecto de bienestar que en todo se notaba, contrastaba con los miserables cuadros de la víspera.

Pero digamos algo de los usos y costumbres, industria y religion de los malgachos.

El malgacho de la costa es de un carácter dulce y tímido, y de trato fiel y afectuoso. La superioridad del blanco, que él sin reserva reconoce, aceptada como cosa natural, no lo deprime ni ofende: el *vasa* le parece un señor ante quien debe inclinarse la frente.

Admirando todos nuestros actos por lo poco que los conoce, y asombrado de los fenómenos de nuestra industria, cree y dice en su sencillez, que si el *vasa* pudiera hacer sangre, sería un dios verdadero. Concíbese perfectamente la facilidad de una conquista en un pueblo tan predispuesto en favor nuestro, y hay por eso harta razón para extrañar los mezquinos resultados obtenidos en dos siglos de expediciones sucesivas.

Pero si el malgacho acepta el yugo, lo que es el

trabajo no: será vuestro criado con alegría, porque los fáciles deberes que esta carga impone, convienen á la dulzura y docilidad de su carácter; las ocupaciones variadas del servicio doméstico no le fatigan, y los favores del amo, consecuencia natural de las relaciones diarias, conmueven su corazón. Amigo del movimiento, infatigable en el trabajo de su gusto, correrá un día entero al sol y á la lluvia sin aparente fatiga: el violento ejercicio del *tacon* le agrada sobremanera, y os llevaria acuestas desde por la mañana hasta la noche, y á la noche, olvidando el cansancio de todo el día, la salvaje armonía de los bambúes y cantares de sus compañeros, prestarán nuevas fuerzas á su cuerpo de bronce.

Pero un trabajo regular lo fastidia, lo aburre: pezooso con delicia, la fácil satisfacción de sus necesidades la hace insoportable el lazo mas ligero, y mas bien quiere ser esclavo, que trabajador asiduo. Cien veces rompería la cadena de sujeción tan pesada, y semejante á esas mujeres nerviosas que arrostran impunemente los largos insomnios del baile mientras desfallecen á la menor fatiga, el malgacho abandonaría el trabajo ó sucumbiría bajo su peso.

El malgacho tiene formas elegantes, casi afeminadas: su cara es imberbe; lleva el cabello largo y trenzado como las mujeres, y cuando se le ve sentado envuelto en su *lamba* y tomando el sol en el dulce *farniente* de los *Lazaroni*, es difícil distinguir su sexo.

La malgacha, aparte de la belleza, que no abunda en aquella tierra, la dulzura de su fisonomía, hace de ella una criatura agradable: es generalmente bien formada y garbosa. Los cabellos divididos y trenzados con esmero dan á su persona cierto aire de limpieza y gusto, disimulando así el efecto desagradable de su masa de cabellos crespos, é impiden el enorme volumen que produciría suelta. El vestido que cubre sus espaldas es un canesú que ajusta la cintura sin comprimir el pecho; la falda es de *raban* ó indiana, segun la posibilidad de cada persona.

Lleva además el *simbú*, estofa de seda ó algodón que cubre el cuerpo.

Puede verse en la lámina la mujer que con sus hijos presentamos, como tipo de todas las malgachas, que visten poco mas ó menos de la misma manera.

De los tres niños, el mayor, lleva un pantalon que revela el contacto de la sociedad europea; el segundo ciñe simplemente un *lamba*, especie de chal de algodón con franja de color, que es el traje ordinario de los hombres.

De viaje el malgacho se despoja de su ropa, que lleva en un lio, quedándose con el *lanquti*, que es un pequeño pedazo de tela.

La industria de los malgachos es primitiva: tejen con las hojas del *raffa* rabanes de diferentes clases;



Grupo de Ravenales.

las mas toscas sirven para la fabricacion de sacos, embalajes, etc.; las mas finas para tejidos de trajes femeniles, y servirian para muy elegantes sombreros; pero estas estofas escasean. Tejen tambien los juncos con hojas de latanero y hacen esteras para tapizar sus casas. Algunas de estas esteras, adornadas con dibujos muy bien hechos, se venden como objetos de lujo y curiosidad. Ambas industrias ofrecen al comercio de esportacion un cambio de algunos 50,000 francos.

En cuanto al cultivo, el malgacho no conoce mas que el arroz, y á pesar de su pereza de negro, y del poco aliento dado á sus esfuerzos en un radio de cien leguas desde Mananzari en el Sur, hasta Maranzet en el Norte, esporta 4,000 toneladas de dicho artículo. Al hablar de los ovas diremos cuáles son los productos naturales entregados al comercio y los reglamentos que prohiben el cambio.

Respecto á costumbres, el malgacho no las tiene: es sencillamente inmoral.



Caserío de Nossi-Malaza.

Las uniones conyugales se hacen y deshacen aquí segun el capricho del hombre: no existiendo estado civil y limitándose el culto á raras supersticiones, no se podria dar el nombre de matrimonio á unas asociaciones voluntarias que no consagra Dios ni el Estado.

En el Norte, el árabe ha dejado algo de sus costumbres, y el instinto religioso está allí mas desarrollado.

Entre estos insulares la pluralidad de mujeres es una ley fundamental; cada jefe puede tener hasta

tres: 1.ª la *vade-be*, ó esposa legítima, cuyos hijos son los herederos; 2.ª la *vade-masseye*, ó esposa joven, á quien el esposo repudia así que desaparece su belleza; 3.ª la *vade-sindrañon*, ó esclava que recobra su libertad así que es madre.

Las hermanas menores de estas tres mujeres pertenecen de derecho al esposo hasta que se casan.

Si la mujer pasa de un hogar á otro, tiene que dejar á sus hijos, aunque no abandonados; pues la nueva esposa los cria y ama como á los suyos propios. Esto parece natural en un pais donde con fre-

cuencia la adopción reemplaza á la paternidad. Allí no hay celos, ni discusiones religiosas, ni sectas, ni diferencias domésticas por derechos hereditarios, pues no tienen bienes que dividir. Este estado de cosas, el cariño constante que une á estas buenas gentes en condiciones para nosotros tan monstruosas, reconocen por base su dulzura de carácter y la imperiosa necesidad de afecto: si sus relaciones están exentas de esas vivas demostraciones con que entre nosotros se revela el amor maternal, los lazos de familia, lo repetimos, no son entre ellos menos vivos. Hemos visto á una mujer, que creyendo envenenada á su hija adoptiva con el fruto del *tanghin*, se entregó al mas violento dolor, arrojándose sobre el venenoso fruto y gritando que queria morir con su hija.

V.

Costumbres y organización malgachas.—El cementerio.—Partida.—Bendición de la abuela.

Cuando uno de los miembros de la familia cae enfermo, los trabajos se suspenden y todos se ponen en movimiento: unos van á buscar remedios, otros á interrogar al destino sobre la causa de la enfermedad y los medios de curarla, mientras que los amigos se ocupan de las provisiones y demás cosas necesarias á la casa. Si el enfermo empeora, la casa se llena entonces de parientes, de amigos y aliados, que vienen á mezclar su dolor con el dolor de la familia.

Estas afecciones se extienden hasta los esclavos, que se consideran como hijos de la casa, pues comen el mismo pan y poco mas ó menos visten lo mismo que sus amos. Un extraño los distinguiría difícilmente, porque en su lengua llaman *padre* al amo y madre al ama de la casa.

La esterilidad de las mujeres es allí una afrenta y me ha parecido frecuente: la poligamia de los malgachos debe en mi sentir ser la causa dominante, pues de la continencia arrancan las grandes proles.

La malgacha estéril que desea tener hijos, consulta los *sikidis* (hechiceros), invoca á los espíritus ó practica la superstición siguiente: busca una piedra de una forma rara, y la coloca en el camino del pueblo en un paraje acepto á los espíritus; y si despues de cierto tiempo se encuentra la piedra en el mismo lugar y posición en que la dejara, significa que el destino oirá sus votos. Esta inocente práctica es generalmente seguida en Madagascar, donde suele encontrarse uno verdaderas pirámides compuestas de estos *ex-votos*.

La esposición de los niños forma un contraste violento con estas costumbres malgachas, tan dulces y humanitarias y especialmente con aquel amor de la maternidad. Cuando estos pobres seres nacen bajo una mala influencia, son abandonados por sus ma-

dres, ó deben sufrir espantosas pruebas, casi siempre fatales, para ser sustraídos á su mal destino.

La circuncisión se practica en Madagascar, y debe ser á mi juicio un recuerdo de las costumbres árabes. Para el malgacho es una importante ceremonia, cuya fecha perpetúa por medio de una estaca de madera en que cuelga cierto número de cráneos de buey, sin mutilar sus cuernos. Cada caserío posee uno de estos religiosos monumentos.

Y cada cráneo es el recuerdo de una fiesta, porque es costumbre matar un buey el día de la circuncisión de los niños; y como esta gente es pobre, y un buey para cada uno seria un gasto exorbitante, se espera á que hayan llegado á la edad requerida muchos niños, á fin de circuncidarlos á todos en una misma ceremonia y fiesta.

El buey es además el animal por excelencia en Madagascar; es el presente mas apreciado entre amigos, el capital mas fácil de realizar, el mas sólido bien del cultivador. Su carne es sagrada, á lo menos en ciertas de sus partes, y así que el rey y los grandes personajes tienen el derecho de comer la cola. La giba es bocado igualmente selecto que goza de una estimación proverbial; y la cortesía la emplea como una de sus mas gallardas fórmulas. El malgacho os dirá en su dulce habla: *Yo os desco eternamente una giba de buey en la boca.*

El buey es para todas las alegrías y para todos los dolores: en el nacimiento como en la muerte de sus amos, cae su cabeza en señal de regocijo ó de duelo; y cuando es un gran señor el que debe ser honrado, entonces los sacrificios vienen á ser hecatombes.

En la muerte de Mr. Lastelle, comerciante francés, favorecido en la corte de los ovas, se mataron en Tanariva, segun nos han dicho, nada menos que ochocientos bueyes. En la muerte de Ranavalo se inmolaron mas de tres mil: el suelo, desde el palacio hasta la tumba de la reina, estaba literalmente cubierto de víctimas, sobre las cuales era menester andar.

El culto de los muertos es lo que me ha parecido el rasgo mas característico de la religion malgacha. Cuando un malgacho muere, las mujeres prorumpen en lamentables gritos, se mesan el cabello y se revuelcan con desesperación. Los hombres permanecen tranquilos: para estos casos tienen una danza fúnebre; pero la ceremonia que comienza por lágrimas degenera muy pronto á causa de las bebidas fermentadas con que pretenden confortarse, en una orgía sacrilega. El cadáver, sin embargo, es conducido respetuosamente á la última morada.

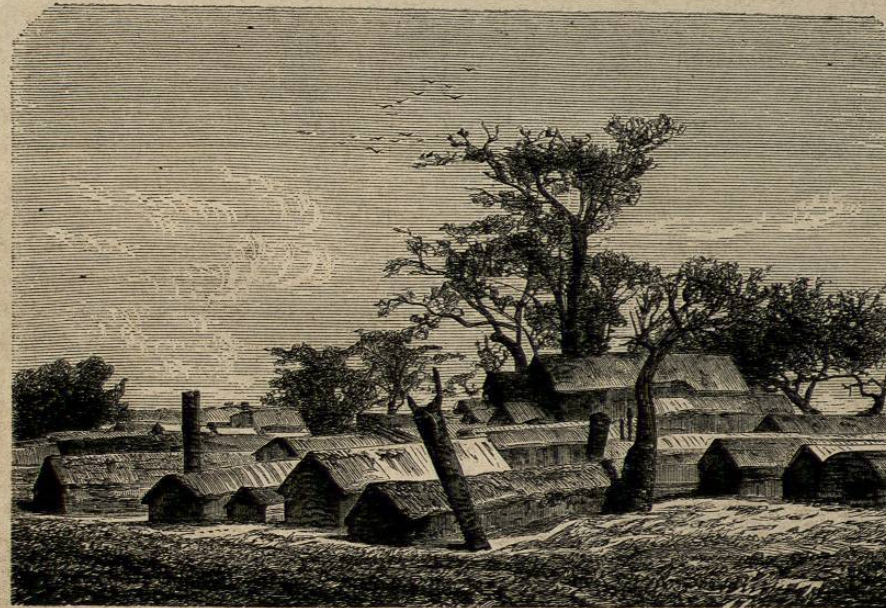
En Nossi-Malaza el cementerio ocupa la punta Norte de la isla; y en él la sepultura de los jefes está separada del comun de los enterramientos. Unas y otros consisten en una corteza de árbol, donde se

envuelve el cuerpo del difunto, encerrando luego el todo en un tronco de madera dura, vaciado á manera de ataúd. La piedad de los vivos, trae y deposita ante cada sepulcro ofrendas expiatorias consistentes en un plato de arroz, una copa de *betza-betza*, patas de pollo ó plumas de ave. Al parecer, los malgachos creen en la existencia del alma.

Si el dolor de los malgachos es violento, en cambio no es de mucha duración: considerando la muerte como un hecho inevitable á que las lágrimas no pueden poner remedio, se consuelan lo mas pronto posi-

ble. Con todo, los parientes, llevan rigorosamente luto y no pueden dispensarse de él sino por una ceremonia pública. Dura el luto un mes á lo mas, segun el pesar de la familia, y consiste en dejar crecer la cabellera. En este caso la mujer malgacha no se la trenza ni menos se la peina: el hombre se deja crecer la barba y no se la lava durante la temporada del duelo. Hombres y mujeres presentan en este estado el mas deplorable aspecto.

En el Norte, á la altura de Vohemar, y entre los antankaros, son otras las supersticiones: al gran res-



Cementerio malgacho.

peto á los muertos se une la fe en la metempsicosis. Segun esta creencia, las almas de los jefes pasan á los cocodrilos, las almas de los demás mortales se transforman simplemente en murciélagos.

Esta superstición explica la increíble multitud de cocodrilos, que espantosamente pululan en las comarcas donde reina tal creencia: los rios están infestados de ellos y no sin mucho peligro puede uno aproximarse á sus márgenes en cuanto declina el día, y aun durante la noche los habitantes tienen que precaverse en sus propias casas contra las invasiones de tan feroces reptiles.

Lo mismo que entre los betzimisarakos, las lamentaciones y la orgía se mezclan en los funerales; pero no se entierran los cadáveres. Colocados en unos zarzos, se les momifica por medio de cal y aromas, renovadas con frecuencia. Despues de algunos días de este procedimiento, la descomposición de los cuerpos produce un licor pútrido, que se recoge con cuidado en

vasos previamente puestos debajo de los zarzos, y cada uno de los asistentes viene en memoria del muerto... á untarse con tan asqueroso líquido. Ya el cadáver desecado, los parientes lo rodean con cintas y lo conducen al lugar de las sepulturas.

Esta horrible costumbre engendra gravísimas enfermedades cutáneas, como la sarna, la lepra y otras afecciones asquerosas é incurables; y sin embargo, apenas puede la intervencion de los blancos hacerles abandonar tan repugnante costumbre, y esto desde hace poco tiempo.

El malgacho es artista por naturaleza: sobre todo tiene instintos literarios muy notables, ó mejor dicho, tenia; porque la conquista ova, como todas las opresiones extremas, no deja detrás de sí mas que embrutecimiento y ruinas.

El betzimisarako ama con pasión la charla, el canto y la danza. En estas, casi siempre extravagantes, salvajes y sin ninguna regla, su inspiración misma